

OYENDO LA SERÉNATA

En la clara noche
por mi calle pasa
llorando, la triste
voz de la guitarra.

Perfumes de rosas...
Yo escribo... La lámpara
escucha las dulces
vibraciones, y hasta
parece que á oirlas
la pluma se para!...

La copla andaluza
es como una lágrima
que, lenta, en la noche,
de caer no acaba,
¡llorando una pena
profunda y lejana!...

¡Yo pienso en la amante
carita asomada
entre los jazmines
de alguna ventana,
que escucha llorando
la copla gitana!...

¡En la clara noche
por mi calle pasa
llorando, la triste
voz de una guitarra!...

ANDALUZA

Por el cielo
de cristal y de zafir,
pasa un vuelo
de palomas.

Tiemblan sombras en el suelo...
Se escucha en las verdes lomas.
algún ruiseñor gemir.

Modorra... Poesía...
Pleno medio día
del campo andaluz...

Aureas mieses; olivares;
blancas casas, y cantares...
¡Mucho fuego y mucha luz!...

Bajo el dosel de una parra,
tu mano llena de anillos
pespuntea una guitarra...,
cuyo mástil tiene lazos
encarnados y amarillos,
igual que nuestra bandera...

¡Quién esa guitarra fuera
para dormir en tus brazos!

||RESURRECCION||

¡Resurrección!, repican
las campanas al viento.
¡Resurrección!, los ángeles
repiten en el cielo.

Y envuelve la poesía
del glorioso misterio
un místico perfume
humeante de incienso...

Almas entristecidas,
corazones enfermos,
pobres labios exangües

sin risas y sin besos:
¡abrid al sol las puertas
de vuestro obscuro encierro!

Vuelve el pasado... El ángel
los sepulcros ha abierto,
y de nuevo á la vida
resucitan los muertos!

Volverá la alegría
á estremecer los pechos,
y sonreirán los labios,
y besarán de nuevo
á la visión amada
de sus perdidos sueños.

¡Todo florece! El campo,
los mares y los cielos;
las rejas de las cárceles,
los viejos cementerios;
y hasta sobre la cumbre
de algún calvario nuevo

se alza lleno de rosas
el místico madero...

¡Resurrección!, repican
las campanas al viento.
¡Resurrección!, los ángeles
repiten en el cielo...

HORAS DE PESIMISMO

PESIMISMO

Siento que algo se extingue, cual si por una herida
se fuese gota á gota, desangrando mi vida.

Es el reloj de arena que se muere de hastío,
muy lento, grano á grano, hasta quedar vacío...

Al vértigo del río entrego mi barquilla...
Ante mis ojos pasan visiones de la orilla,

tan rápidas que apenas á distinguir acierto
la fronda de los bosques del dolor del desierto...

La vida pasa rauda, silbando, cual saeta
que un arquero invisible dispara hacia una meta

para nuestra ignorancia mortal desconocida...
¿Quién sabe donde empieza y se acaba la vida?

¿Qué peregrino humano conoce su destino?...
Y sin embargo tiene su ruta el peregrino.

Caminamos á ciegas con nuestro fatalismo
como ciegos perdidos al borde de un abismo...

Nuestra lámpara en medio de la sombra agoniza.
Un débil soplo puede aventar su ceniza...

La vida es un eterno signo interrogativo,
entre un misterio muerto y otro misterio vivo;

y entre los dos, á ciegas, temblando caminamos,
sin saber si de cierto vivimos ó soñamos.

II SOLEDAD II

Silencio... Soledad... La noche es nieve.
Los árboles proyectan sus fantásticas
sombras sobre lo blanco del paisaje.

Han pedido socorro mis plegarias
contra los igneos ojos sanguinarios
que fosforecen entre secas ramas,
y sólo ha respondido á mis lamentos
mi propia voz más triste y más lejana.

¡Desnudo corazón, tiembla de frío!...
La nieve ha hablado con su luz al alma,
y he comprendido, al fin, porque no brotan

flores sobre su seno, y en las planas
sólo los viejos los hormigean,
las sombras de los árboles se abrazan,
y una luna de crímenes y muertes
fosforece en las cruces funerarias.

El árbol, con sus voces sin sonidos,
algo me habló también, y supo el alma
por qué en una otoñal melancolía,
cuando los troncos humeantes hablan
y el aliento que fluye de los labios
flota como neblina entre las ramas,
tronchó su corazón y hendió sus brazos
del leñador imperturbable el hacha.

El lobo, el mismo lobo, dijo aullando
por qué en las noches nebulosas baja
callado á los casales de la aldea,
y sueña con la carne tibia y blanca
de los niños dormidos que en la senda
del bosque sorprendiera la borrasca.

La propia luna al verme tan sombrío
tendió brazos de luz á mi garganta,
y bajó hasta mi cuerpo como antorcha
que ilumina una cripta solitaria,
y me dijo al oído por qué llora
su trémulo fulgor, por qué embriaga
de amores imposibles á las vírgenes
que sueñan, á su luz, en las ventanas.

Silencio... Soledad... Tristeza inmensa,
lágrimas de dolor... No se oye nada...
Y mi voz, repetida por los ecos,
cada vez me parece más lejana,
más débil y más triste, hasta perderse
en el silencio de la noche ahogada,
cual si una mano dura y rencorosa
la fuese estrangulando en mi garganta.

MÚSICA TRISTE

Los violines gimen,
el clave suspira,
y una voz de lágrimas
llora la agonía
del adiós más triste
de las despedidas.

—«¡Oh, blancos pañuelos
que mueven las brisas,
y al amor que parte
adiós, sin voz gritan!...

¡Oh, blancos pañuelos
que en la última cita
enjugáis las lágrimas
de las despedidas!

¡Oh, blancos pañuelos
que cubrís las lindas
caritas que un sueño
las dejó sin vida!—

—¡Oh, voz dolorosa
que en la noche expira,
en ti gimen todas
las tristezas más!—

Los violines lloran,
el clave suspira,
y una voz de lágrimas
canta la agonía
del adiós más triste
de las despedidas.

ELEGIA DE OTOÑO

Las hojas secas
que el viento arrastra
la canción triste
de Otoño cantan.

Las nieblas cubren
con su mortaja
gris, á la tierra
fría y callada.
Las nubes lloran
fugaces lágrimas.

Al lento doble
de las campanas,
un blanco féretro
cruza esas áridas
sendas por donde
la gente marcha
con tardos pasos,
muda, enlutada,
¡y vuelven menos
de los que pasan!

Flores enfermas;
mejillas pálidas;
pechos hundidos,
que en estas vagas
tardes toséis
tras las ventanas...
¡Temblad!

Las hojas
que el viento arrastra
la canción triste
de Otoño cantan.

ELEGIA DEL INVIERNO

La página postrera
del frío invierno tiene
una triste cruz negra
sobre un campo de nieve.

¡No sabéis lo que dice
esa página, alegres
labios que sonreís
á todo indiferentes!

Sólo los que perdieron
la esperanza, los débiles

que ahora llorar intentan
y lágrimas no tienen,
esos, el triste encanto
de su dolor comprenden!

La página postrera
del frío invierno tiene
una triste cruz negra
sobre un campo de nieve.

DEL JARDÍN DEL ENSUEÑO

REVERIE

Es la hora suprema. Fugaz hora oportuna...
En el claro del bosque, bajo la blanca luna,

una mano de ensueño, á orillas de la fuente,
peina la cabellera de la *Bella Durmiente*;

y de un balcón de encajes envuelto en la arboleda
cuelga, temblando del aire, una escala de seda.

Es la hora del Sueño... ¡Oh, frente taciturna!,
soñando, entre las manos, bajo la paz nocturna...

¡Oído pegado á tierra, para escuchar atento
los temblores de un paso entre el rumor del viento!...

¡Encantadas pupilas que tras una ventana
espiáis la silueta de alguna sombra hermana!...

¡Oh, mano temblorosa de amor que abres la puerta
para que entre el recuerdo de alguna novia muerta!...

¡Oh, frentes pensativas que á las luces rosadas
de las amables lámparas, meditáis inclinadas

sobre alguna flor mustia, sobre un pétalo ajado,
entra las viejas páginas de algún libro olvidado,

enjugad vuestras lágrimas y alzaros orgullosos!...
El ensueño se acerca á ceñiros de rosas...

Sus sandalias de seda no se sienten... Callado,
el índice en el labio, se sienta á vuestro lado.

Darán calor sus manos á vuestras manos frías,
y ahuyentarán sus risas vuestras melancolías...

Y le dará á tu labio tedioso y fatigado
ese beso que espera y que nadie le ha dado...

Es la hora suprema... Fugaz hora oportuna...
En el claro del bosque, bajo la blanca luna,

una mano de ensueño, á orillas de la fuente,
peina la cabellera de la *Bella Durmiente*.

EL CLAVICORDIO

En el ángulo sombrío
de la estancia, silencioso,
con lejanos ritornelos de sonatas olvidadas
sueña—abierto—el clavicordio.

A través de los cristales
empañados, el lluvioso
jardín muerto se deshoja,
esfumándose en las brumas de un crepúsculo de Otoño.

En la antigua sala flota
el perfume melancólico,
de las rosas que en las viejas porcelanas
se marchitan lentamente de tristeza y abandono.

Los dorados cuadros duermen
 olvidados bajo el polvo,
 y las sombras de los muebles á lo largo de los muros
 melancólicos proyectan sus fantásticos contornos.

La abuelita, triste, sueña. Bajo el lino de la cofia
 la mirada taciturna de sus ojos,
 á través de las rasgadas humedades de la lluvia,
 se diluye en el recuerdo de los parques del Otoño,
 donde elevan los cipreses humeantes de neblinas
 sus siluetas triangulares bajo el cielo gris de plomo.

¡Está seria y está muda! Ya no alegra nuestros juegos,
 ni nos narra viejos cuentos de princesas y de gnomos.

Las tinieblas se insinúan á lo largo de la estancia,
 lentamente los espejos apagando van sus tonos;
 los retratos en sus marcos de negrura
 palidecen y se apagan confundidos y borrosos,
 y los muebles agonizan
 murmurando viejas cosas y crujiendo bajo el polvo.

Un reloj lento y lejano
 deja caer sobre el hondo
 silencio, el agrio martillo de sus férreas campanadas
 que retumban en los ángulos del salón desierto y lóbrego.

Las tinieblas han borrado
 las ventanas, y de pronto
 en el fondo de la estancia,
 á las tímidas caricias de unos dedos temblorosos,
 despertaron los acordes de una música olvidada
 en las teclas polvorientas del antiguo clavicordio.

LA MUERTE DE MIMI

Mimí, Mimí se muere
cantando...

Toda el alma hecha música
se escapa por los labios
lívidos, en las notas
fugitivas del canto.

Mimí, Mimí se muere
soñando
con las claras mañanas
de Mayo,
con perfumes de rosas
y gorjeos de pájaros...

Mimí, Mimí se ha muerto
cantando...
La faz como la cera,
en cruz puestas las manos,
los labios entreabiertos,
los ojos entornados,
igual que si estuviese
soñando...

Y aun en el eco errante,
como un beso lejano,
se va apagando el último
suspiro de su canto.

ADAGIO

El cielo es plata
y azul. La noche
es luna, es música
de ruiseñores.

En los jardines
dulces canciones
gimen las fuentes...
Sus claras voces
sólo las almas
enfermas oyen!

¡Amada! Solos
al parque, donde
no lleva el viento
la voz del hombre..

¡Amada! Solos
morir de amores,
juntos, besándonos
sobre las flores...

El cielo es plata
y azul, La noche
es luna, es música
de ruiseñores...

EL CIPRÉS DE LA SULTANA

Llora así la leyenda:

Una sultana

era amada de un paje..
Los halló la mañana
juntos, entre el ramaje
de un ciprisal..

Las flores

de miedo se secaron,
y de espanto quedaron
sin voz los ruiseñores.

Está muerto el paisaje...

La luz de la mañana
vió en los brazos del paje
morir á la sultana...
Y en el pecho clavado
un puñal que tenía
el regio y cincelado
pomo de pedrería.

LA CANCIÓN DE LA FLAUTA

Estremece el silencio
de la desierta plaza
el llanto sibilante
de una trémula flauta
que preludia un motivo
de tristeza ignorada.

Sobre el balcón la luna
resplandece. En las ramas
se aletarga la brisa;
y en la musgosa taza
de la fuente de mármol,
llora el cristal del agua.

La voz tiembla. Modula
 una lenta plegaria;
 un suspiro de perlas
 que al aire se desgrana;
 entrecortados ayes,
 balbücientes palabras,
 besos, risas, sollozos,
 que en la nocturna calma
 tiemblan, suben al cielo,
 y en el silencio estallan
 en un temblor sonoro
 de fugitivas lágrimas.

De la serena luna
 en las nieblas de plata
 gime y se apaga el último
 suspiro de la flauta.

ARPEGIOS

¡Silencio!... El arpa gime
 al pie de la ventana,
 y una voz, toda llena
 de ruiseñores, canta
 bajo la clara luna,
 la dulce serenata.

Un perfume de nardos
 y de rosas tempranas
 nos va envolviendo en una
 voluptosa fragancia.

¡Silencio!... El arpa gime...
 En la atmósfera vagan
 invisibles caricias...
 La música embriaga,
 y en un trémulo beso
 nos va envolviendo, hasta
 que muertas de deseo
 se cierran las pestañas.

¡Oh música divina
 que nuestra pena acallas,
 y al despertar nos dejas
 el alma extenuada,
 los ojos ojerosos
 y las mejillas pálidas!...
 ¡Silencio!... El arpa gime
 al pie de la ventana,
 y una voz, toda llena
 de ruiseñores, canta
 bajo la clara luna
 la dulce serenata!

BESOS

Besos, besos tímidos,
 dulces, dulces besos,
 ¡que se dan muy bajo
 con los labios trémulos!

Besos en la boca,
 besos en los senos,
 besos en las manos
 y entre los cabellos...